

Otras orillas de La Mar de Músicas

Exposiciones y películas compiten en interés con los conciertos en el festival de Cartagena

MINGUS B. FORMENTOR
Cartagena

Es el signo o, si se quiere ser más precisos, la maldición de los tiempos. El espectáculo le puede a la cultura. Por goleada. De manera que un festival tan complejo, serio y enjundioso como La Mar de Músicas acaba mostrándose en el mundo mediático como un perfecto iceberg. La punta nada más. Pero durante tres semanas de julio lo que se concentra en Cartagena no es sólo casi medio centenar de conciertos. Ni mucho menos. Hay exposiciones de pintura y fotografía, mesas redondas y conferencias literarias, edición de libros, una amplísima exhibición de películas, cortometrajes y documentales. En suma, lo más visible y lúdico da cobertura a una propuesta cultural de muy notable seriedad, tanto si se habla de ella como si no.

El manojito de libros/catálogos editado por La Mar de Músicas en este año con México como país invitado ha sido una vez más excelente. De modo muy especial, los que recogen el contenido de dos de las exposiciones presentadas, la de las impactantes fotopinturas de Gerardo Montiel Klint y la que presenta grabados de José Guadalupe Posada. Montiel Klint es un fotógrafo dotado de una personalidad fasci-

Montiel Klint es un fotógrafo fascinante, una suerte de Caravaggio que ilumina temas como la violencia y la tragedia

nante, una suerte de Caravaggio que con sus fotos escenográficas realiza siempre un espléndido y sorprendente trabajo sobre la luz mientras aborda e ilumina temas tan caudales para la sociedad humana como la violencia y la tragedia. Esa obra, reunida bajo el título genérico *De cuerpo ausente en paraje desconocido*, realmente deslumbra, deja poso.

Por otro lado, la presentación de una muy buena selección de la obra del grabador José Guadalupe Posada, arquetipo indiscutible de lo que bien pu-

diera llamarse artista popular, resulta digna de cerrado aplauso. La contribución del grabador de Aguascalientes ha sido sustancial en la fijación de referentes culturales básicos del pueblo mexicano. Entre 1899 y 1913 creó y difundió una verdadera enciclopedia visual de México, su alma profunda y su incertidumbre. En la excelente formulación sintética de Nacho Ruiz, *Goya utiliza lo popular*, Posada es lo popular. Sus famosas calaveritas, al lado de todo tipo de cartelera o personajes tan enraizados entre su pueblo como el Padre Cobos, Don Chepito Marihuano o Doña Caralampia Mondongo, iluminan tanto o más el alma profunda del mexicano que un montón de serios tratados eruditos de antropología cultural.

Los mejoramientos de la ciudad avanzan propulsados, entre otras energías, por la que se deriva de la exitosa trayectoria de La Mar de Músicas. Comienza a tomar forma definitiva

la restauración del teatro romano a cargo de Moneo. Se han iniciado las obras de un futuro Auditorio a ras de puerto. Se abren y asientan restaurantes tan encomiables como El Barrio de San Roque. Y, dato crucial para todo melómano, Cartagena alberga la que muy plausiblemente es la mejor tienda de discos de España al sur del paralelo 40, cuyo fondo regenta Alfonso Patillica Ros, un sabio y un genio en su oficio, ya tan del siglo pasado.

Mientras, en La Mar de Músicas se suceden los conciertos de música, en su mayoría con un nivel de notable alto. Y se encadenan al caer la tarde las películas, con joyas tan sobrecogedoras como *El violín* (2006) de Francisco Vargas Quevedo o curiosidades tan entrañables como *El sexo fuerte*, filmada en 1945 por Emilio Gómez Muriel. En fin, que La Mar de Músicas tiene muchas orillas en las que vararse placenteramente. ●



Ofelio, una de las obras de Gerardo Montiel Klint expuestas en Cartagena

GERARDO MONTIEL KLINT

CRÍTICA DE DANZA

Grandes momentos

SANTO Y SEÑA

Coreografía: Eva Yerbabuena
Intérpretes: Eva Yerbabuena, Mariano Bernal, Eduardo Guerrero, Alejandro Rodríguez y Juan M. Zurano (baile); Enrique Soto, Pepe de Pura, Jeromo Segura y José Valencia (cante); Paco Jarana y Manuel de la Luz (guitarras); el Pájaro (percusión); Ignacio Vidaechea (saxo-flauta); Carlos Grilo y Luis Cantarote (palmas)
Lugar y fecha: Teatre Grec (20/VII/2007)

RAMÓN RODÓ SELLÉS

De nuevo el Grec acoge en su seno, y en su espacio más emblemático, un espectáculo de danza flamenca de la mano de una figura fulgurante: la extraordinaria coreógrafa y bailaora Eva Yerbabuena. Todos los aficionados recordaremos los grandes espectáculos creados para su compañía, y de entre esas coreografías Eva ha elegido un puñado de perlas para engarzar esa joya del baile flamenco que se llama *Santo y seña*.

La fórmula utilizada para el nacimiento de su séptimo espectáculo, estrenado en la primavera sevillana, ha sido la de una selección de grandes momentos salpicados de algunas novedades.

En su primera intervención, Eva bailó por seguiriyas con braceo suave pero intenso. Esa coreografía va alternando seguiriyas con bulerías. Si en las bulerías admiramos el arte de un limpio y matizado taconeo, en las seguiriyas aportó un hermoso trabajo dibujando con todo su cuerpo el dramatismo textual de ese palo. En las cantiñas estuvo genial. Movía la bata de cola y el mantón con sencillez, poderío y gracia por arrobos. Otro momento para el aplauso fue su interpretación de los tientos-tangos, en los que mostró su gran categoría como bailaora, su conocimiento de las raíces gestuales más clásicas del flamenco y el aporte de su extraordinaria expresividad. Como era de esperar, el último tema programado fue la guinda del pastel. Los cuatro cantaores, magníficos toda la noche, se alternaron por tonás (a capella) mientras Eva recreaba la esencia del sentimiento.

Los bailaores estuvieron a la altura de las espléndidas coreografías de Eva. Mención aparte merecen también todos los músicos acompañantes y en especial Paco Jarana, quien firma además la música del espectáculo. ●

CRÍTICA DE ÓPERA

Final con nota alta

NORMA

Autor: Bellini
Intérpretes: R. Stanisci, D. Zajick, F. Farina, G. Prestia
Directores: G. Carella (orquesta), F. Negrín (escena)
Lugar y fecha: Gran Teatre del Liceu (21/VII/2007)

JAUME RADIGALES

Por norma, los finales de temporada de los teatros de ópera deberían rodearse de alicientes que no desmerecieran de lo que se ha programado durante los meses precedentes. Esto es lo que ha ocurrido en el Liceu, después de un ciclo de inicio incierto pero que en seguida demostró que podía ser (y de hecho así ha sido) uno de los más redondos desde la reapertura del coliseo.

La producción de la belliniana *Norma*, ya conocida entre nosotros, parece mejorar con el tiempo, porque Francisco Negrín aporta nuevos matices y buenas ideas, bien acompañadas por la austera y eficaz escenografía de Anthony Baker, que sitúa claramente diferenciados los planos de los invasores (los romanos) y los invadidos (los galos). Giuliano Carella, especialista en

ópera romántica italiana, sustituyó a última hora al inicialmente previsto Bruno Campanella en la dirección orquestal. Carella ha legado con sus ideas, y ello ha redundado en detrimento de un sonido no siempre redondo, tendente a ciertas brusquedades y vulgaridades, a pesar del buen rendimiento de la orquesta y coro titulares.

Había expectación por oír a la soprano italiana Rachele Stanisci en el papel titular. La voz es bonita, con el suficiente metal y sentido de la expresividad, aunque algo corta de volumen, especialmente en el registro grave. A su lado, una vez más Dolora Zajick demostró que es un animal escénico y una mezzo de rompe y rasga, capaz de regalar una Adalgisa de las que no se olvidan. Algo opaco en emisión, el Pollione de Franco Farina tuvo la arrogancia justa del personaje, aunque algo de refinamiento en el legato no le iría nada mal. Por otra parte, y después de su gran Felipe II del *Don Carlos* en enero, Giacomo Prestia dio al papel de Orovaco la rotundidad requerida, y Begoña Alberdi fue una sencillamente deliciosa Clotilde.

El Liceu cierra el telón con Bellini y lo hace con nota alta. Ésa debería ser, siempre, norma de la casa. ●

CRÍTICA DE TEATRO

Los esbirros del inmigrante

EN CUALQUIER OTRA PARTE...

Autor y director: Àlex Mañas
Intérpretes: Roger Coma, David Selvas, Dominika Kojro
Lugar y fecha: Biblioteca de Catalunya (20/VII/2007)

JOAN-ANTON BENACH

En cualquier lugar del Primer Mundo, donde la inmigración clandestina hubiera agotado todas las cuotas de solidaridad humana, un ultra más desaprensivo que sus predecesores podría crear la siniestra policía que encarnan Horacio (Roger Coma) y Felipe (David Selvas). He aquí dos animales nocturnos cuya misión es capturar al extranjero ilegal, encerrarlo en el maletero de un coche y esperar una orden superior para ejecutarlo. A la luz del día se ha difundido la idea de que "estamos en guerra" y que hay que adoptar un "código de supervivencia". En un rincón de la escena de *En cualquier otra parte...* se amontonan los cadáveres.

Escrita y dirigida por Àlex Mañas, *En cualquier otra parte...* es una pieza ideológicamente comprometida con una de las cuestiones más inquietantes del siglo XXI. Pero dicha cuestión es sólo el marco de un conflicto dramático derivado de la confrontación de dos caracteres que metabolizaron de modo muy distinto su criminal oficio. Como en tantas páginas del teatro contemporáneo, se citan aquí el fuerte y el débil, el dominador y el dominado, el que justifica todas sus acciones y el que resulta vulnerable al sentimiento de culpa, no tanto por lo que está haciendo según órdenes de obligado cumplimiento como por una infidelidad conyugal que atormenta su conciencia...

Ecos de Koltès y de Beckett

Àlex Mañas, que con este texto ganó el premio SGAE de Teatro 2006, no sitúa el drama en ningún país concreto, pero el odio que almacena Felipe por crímenes, violaciones y salvajadas de que se diría ha sido testigo invita a pensar que el autor se inspiró en la última guerra balcánica. De todos modos, insisto, el núcleo de la historia está en un tú a tú conflictivo, con ecos de Koltès y de Beckett, del Genet de *Estado de emergencia* o del Pinter de *El montacargas*, influencias o mimetismos derivados de una poderosa corriente estética que arranca de los primeros años cincuenta del pasado siglo, y donde, casi siempre, un factor externo introduce el elemento de "espera" en los protagonistas.

No es extraño, pues, que, a falta de un grosor literario importante, uno atienda al diálogo entre los dos personajes, Felipe y Horacio, con el poco interés de una partida de ping-pong muy repetida que el autor no consigue hacer progresar dialécticamente. Como si se percatara de ese quietismo narrativo, Mañas introduce en el último tercio de la pieza el personaje de Lulia Hatlama, convertida de inmediato en presa de la pareja de esbirros y cuya presencia logra rescatar el texto del pozo de la monotonía en que, en mi opinión, se estaba ahogando.

La dirección del propio Mañas aparece dotada de una gran energía, obteniendo excelentes resultados de la interpretación. En efecto, David Selvas tiene una gran actuación como Felipe, el personaje duro y agresivo de la historia, muy bien secundado por el frágil y tímido Horacio que Roger Coma encarna con absoluta propiedad. Muy convincente asimismo Dominika Kojro. ●